

# LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

FUNDADOR, D. PEDRO MOTILBA

AÑO XII

BARCELONA 18 DE ABRIL DE 1901

NÚM. 543

ARTISTAS DE ZARZUELA

(TEATRO ELDORADO)



CONSUELO MASCARAQUE



# CHARLA

**A**NTE todo, saludo á mis lectores con verdadero cariño, como cumple á mi carácter, y después paso á entretenerles un rato, si puedo, contándoles lo más saliente de lo que ocurre en la actualidad.

Conste, antes de seguir adelante, que soy enemigo de chismes y enredos, y que lo que diga en ésta y en otras *Charlas*, será primero arrancado de la verdad y después del dominio público.

¿Acontecimientos presentes?

Varios.

El primero, aunque natural y en su tiempo, el tiempo.

Ya habrán ustedes visto que los árboles comienzan á vestirse con sus verdes y lustrosas hojas, mientras nosotros nos vamos desnudan-

do, si no del todo, al menos dejando la capa en casa propia ó en la de préstamos, si es que las circunstancias económicas nos obligan á ello.

La primavera se nos presenta con todo su esplendor, y, al par que sonríe, hace fruncir el ceño á más de un padre de familia que se ve precisado á cambiar de vestidos á sus niñas, con el cambio de estación.

De aquí las rencillas matrimoniales, hoy más que nunca, promovidas por las esposas que leen periódicos y se ilustran.

—Las chicas y yo necesitamos hacer algún gasto en la presente estación,—decía días pasados una esposa á su marido.

—Pues yo digo que es imposible,—siguió el pobre señor.

—¡Amadeo, no tires de la cuerda y no seas absoluto!

—¡Soy lo que me da la gana!

—¡Y yo haré de mi capa un sayo! ¡Se acabó la esclavitud de la mujer, porque la mujer es libre como el pájaro; ya lo ha dicho Paraíso en su último discurso, y cuando hable otra vez iré al mitin y pediré la palabra, como ya lo han hecho otras *compañeras*, y diré lo que son los hombres y los maridos, y hablaré mal del gobierno y...!

—¡Y yo te romperé una costilla si no tengo los calzoncillos como Dios manda y si la comida no está á su debido tiempo!

—¡Yo no haré cosas prosaicas!

—¡Pues yo haré otras peores contigo!

—¡Amadeo...!

—¡Casimira...!

Aquí entran las niñas armando más algazara, y la casa se convierte en una plaza de toros.

Y todo por las alas que han dado las reuniones socialistas en plazas y teatros.

El absolutismo está siendo azotado, y como cada cual aplica estas doctrinas según le conviene, el obrero se descara con el principal, el oficinista con el jefe, las criadas con las amas,



Tiene gracia como pocos para cantar granadinas,

y *disloca* á medio mundo con el mantón de Manila.



las mujeres con los maridos, y ¡viva la libertad!

Hombre, y á propósito de libertad.

¿Qué me dicen ustedes de los dos *Liberales* que nos han salido en Barcelona?

La cosa es rara. Cuando esperábamos la aparición del *hijo* del auténtico de Madrid, nos encontramos con otro, sin padre reconocido; pero tan liberal como el primero, según su título.

Y ya ni Dios sabe con qué *Liberal* se gasta los cuartos.

Se oye vocear el periódico, se compra, y luego resulta que nos hemos llevado gato por liebre.

Libreme el Señor de tomar en serio estas cosas; pero crean ustedes que, de hacerlo, tendría mucho que decir.

En fin, es una jugareta por el estilo de las que Don Juan Tenorio le hacía á Don Luis Mejía.

¿Qué pasará con los dos *Liberales*?

Durillo es decirlo; pero si á las ciencias exactas nos atenemos, por sabido se calla que dos fuerzas iguales se destruyen.

Cosa que sería el primero en lamentar, porque siempre serían dos liberales menos, ahora que tanta falta hacen.

Para terminar esta *Charla*, voy á referirles un sucedido en Nueva York, donde es moneda corriente que las mujeres sean abogados, médicos, ingenieros y hasta curas castrenses.

Se trata de un pobre señor que seguía un pleito, en el cual cifraba todas sus esperanzas.

—¡Estoy para pegarme un tiro!—le dijo días pasados á un amigo.

—¿Qué te ocurre?—le preguntó éste.

—¡Que pierdo el pleito sin remisión!

—Pero, hombre, ¿no me dijiste que esta-



¿Por qué tan triste esta niña no cesa de hacer pucheros?

Porque ha venido otro chico y le ha quitado el muñeco

bas en manos de un abogado de gran fama?

—Así te lo dije y así es. Se trata de un hombre que vale mucho y que tiene casi ganado el pleito.

—Entonces no comprendo...

Pues nada, que el buen señor se ha enamorado de una mujer hermosísima.

—¿Y qué?

—Que mañana se casa.

—Pues que se case en buen hora.

—Pero si es que aun no te he dicho lo principal.

—¡Acaba de una vez!

—¡Que su prometida es nada menos que el abogado de la parte contraria!

JOAQUÍN ARQUES.



## Donde menos se piensa...

**M**IRA bien esas dos mujeres, rubia la una, morena la otra. Aquélla sencillamente reclinada en el asiento de su *landeau*; ésta moviéndose y agitándose sobre el asiento de su *victoria*, para ver y que la vean bien. Esas dos mujeres son la causa del estado en que me veo. Son el Alfa y la Omega de mi desdicha; el principio y el fin de mis dolores.

Y yo miraba á Paco Linares, que era quien así me hablaba, una tarde en Recoletos, y no podía comprender qué tendrían que ver aquellas dos mujeres, á las cuales conocía bastante, con la terrible enfermedad que había puesto á mi pobre amigo á las puertas de la muerte, y cuya convalecencia había de ser larga y penosa.

—Te parecen extrañas mis palabras,—prosiguió.—Lo comprendo. Y, sin embargo, son justas. A esas

dos mujeres les soy deudor de mi triste estado.

—¡Pero, chico,—exclamé, no pudiéndome contener,—si lo que tú has tenido ha sido...!

—No prosigas,—me interrumpió.—Harto sé, por mi desgracia, lo que he tenido, lo que tengo y lo que tendré. Pues esas dos mujeres, como ya te he dicho, han sido las causantes de todo.

—Repito que no te entiendo, Paco; porque la Calandria, que, después de todo, empezó siendo doncella ó cosa así en casa de unos americanos que, según tengo entendido, la pusie-

ron... arreglada, parece, repito, que si tuviste algo que ver con ella, participaras de lo que los otros la regalasen. Pero esto tampoco es creíble, porque tú, el hombre previsor por excelencia, el que no omite precaución de ningún

género cuando del género mujer se trata, no irías á entregarte sin más ni más á lo desconocido.

—Pues ahí verás tú. Con toda mi previsión, con toda esa prudencia que todos me reconocisteis siempre, hubo un momento en que la perdí y... y me perdí.

De nuevo volví á mirar á Paco, fijé después mis ojos en las dos mujeres á quienes se refería y me encogí de hombros, no acertando á descifrar aquel enigma.

Paco Linares, á pesar de no contar más de veintiséis años, de ser rico y buen mozo, condiciones que en nuestros tiempos parece que

dan al que las posee, por derecho propio, plaza entre los calaveras y libertinos, él no se lanzaba jamás sin saber cómo y de qué manera lo hacía.

Ni la mirada de fuego de una mujer le ofuscaba hasta el punto de olvidarlo todo, en una noche de locura y embriaguez, ni una copa más de vino perturbaba su razón.

Siempre dueño de sí, siempre alardeando de una admirable previsión, había sabido sortear hábilmente todos esos múltiples escollos que se



Si este retrato siguiera,  
¡qué cosas el lector viera!



encuentran en los mares del placer y del amor.

De aristocráticas aspiraciones, prefería la alfombra de moqueta á la modesta estera de cordoncillo, el rico vestido de seda ó terciopelo á la sencilla bata de lana ó de percal, los vapores del Champagne al olor del Valdepeñas, el caballo de pura raza á la yegua de sangre cruzada, la aventura entre la atmósfera saturada de delicada fragancia á la bacanal desenfrenada entre mujeres destrenzadas y medio desnudas, embriagadas por el vino y los deseos, y, finalmente, le atraía todo lo elevado y le inspiraba repulsión todo lo vulgar.

Cuando alguno de nuestros amigos tropezaba, y, por efecto del tropezón, tenía que guardar cama y ponerse en manos de algún especialista, que le hacía pagar con creces las consecuencias del tropezón, exclamaba invariablemente:

—El ha tenido la culpa. Hubiera sido tan previsor como yo, y no se encontraría en ese caso.

¿Cómo, conociéndole yo como le conocía, no había de sorprenderme lo que decía respecto á aquellas dos mujeres?

—Voy á explicarte, — me dijo, al ver la sorpresa retratada en mi rostro, — voy á explicarte eso que para ti es tan incomprensible.

Se apoyó en mi brazo, y andando trabajosamente, me empezó á contar la historia de su desdicha.

— Tú sabes que la Calandria, doncella en casa de aquellos americanos, fué lanzada por ellos al mundo de las aventuras. Pero lo que

tú ignoras es que Lorenzo, mi ayuda de cámara, que había estado sirviendo algún tiempo antes en la misma casa donde entonces servía la Calandria, fué el primer amante de la doncella; es decir, el que apagó el fuego sacro de aquella vestal de fogón. Lorenzo había dado varios tropezones en su vida, y sufriendo las consecuencias de uno de ellos estaba cuando

conoció á la Calandria, y excuso decirte que hasta ella llegaron las consecuencias. Más tarde, los americanos participaron de ellas, y hete aquí que, así como el aceite por donde pasa va manchando, las manchas de Lorenzo y de la Calandria se extendieron prodigiosamente.

— Bueno, chico, — le interrumpí, con alguna impaciencia; — todo eso ¿qué tiene que ver con lo tuyo? ¿Acaso mediaron relaciones entre la Calandria y tú?

— No, hombre. Ya sabes que yo no he sido nunca aficionado á esas mujeres que, en fuerza de ser de todos, no pertenecen á ninguno.

— ¿Entonces...?

— Déjame coucluir. Un día se cruzó en mi camino esa rubia encantadora, esa que has visto en el *landeau*. Una viuda doblemente apetitosa por su belleza y su viudez. La vi, la hablé, me volví loco, te lo confieso. Vencer aquella virtud que, según opinión general, era una roca contra la cual se habían estrellado todas las seducciones, fué mi empeño, y no puedes imaginarte las luchas que hube de sostener en aquellas deliciosas habitaciones del hotel de mi viuda, donde no se sabía qué admirar más, si lo rico y volup-



¿Sabes lo que estoy pensando?  
Que ya quisiera estar viendo  
lo mismo que estás mirando.



## La Saeta

tuoso del *confort*, la elegancia y el buen gusto que en él resplandecían ó la incomparable belleza de la diosa de aquel embriagador edén. Por fin, un día, al atardecer, en esa hora semi-crepuscular, en aquella estancia alfombrada, alumbrada débilmente por los últimos destellos de la luz que se filtraba á través de los cristales y más suavizada todavía por las dobles cortinas que cubrían los balcones, sobre la mullida otomana de terciopelo de Utrecht, en medio de aquella atmósfera saturada por la más delicada fragancia, la hermosa viuda cayó en mis brazos.

Mi amigo se detuvo un momento y tuvimos que buscar un asiento, porque el pobre sufría mucho.

Yo le contemplaba sin atreverme á sonreír, porque realmente empezaba á adivinar el desenlace.

—Poco tengo que decirte ya,—prosiguió.— Aquella embriaguez, aquel olvido de todas mis precauciones anteriores, duró muy poco. Ocho

días más tarde, no tuve más remedio que entregarme en manos del médico, y ya ves cómo estoy.

—Pero, hombre,—le dije,—y ¿achacas á esa viuda tan casta, tan angelical, la causa de...?

—Sí. Mi viuda había sido, durante algún tiempo, la querida del americano amigo de la Calandria. Yo lo ignoraba, como lo ignoraba todo el mundo.

No pude menos de soltar la carcajada al escuchar el acento con que Paco Linares pronunció las últimas palabras, y sobre todo al ver la expresión de su rostro.

El continuó:

—¡Y pensar que todo esto me ha sobrevenido sobre divanes de terciopelo y entre colgaduras de seda y alfombras y perfumes!... ¡Oh! ¡Te juro que aborrezco á esas dos mujeres, causa de mi desgracia! La Calandria fué el principio; la viuda ha sido el fin.

—No; estás en un error,—le contesté.—El principio fué Lorenzo, tu ayuda de cámara.

C.

## ¡A UN HOMBRE!

Lleno de fe y de cariño  
te uniste en lazo sagrado  
á la mujer que ha jugado  
con tu corazón de niño  
villana y traidoramente,  
sorprendiendo la inocencia

y amargando la existencia  
del hombre honrado y decente.

¡Muy dolorosa es la herida!  
Pero no te dé cuidado  
que haya la infiel resultado  
una víbora dormida,

porque está su acción vengada.  
¡Para qué mayor tortura  
que la constante amargura  
de una conciencia manchada!...

Reparaste su delito  
despreciando á tal mujer;  
semejante proceder  
te eleva hasta lo infinito.

El hombre que á una culpable  
perdona la delincuencia  
indigna de la clemencia,  
¡es un ente despreciable!

Inferior á una ramera  
por sus instintos de arpía,  
¿qué es hoy? ¡Una mercancía  
á merced de quien la adquiera!

Un ser miserable, inmundo,  
perteneciente al desecho;  
reptil que tiene derecho  
á pisarle todo el mundo.

Nació ya con esa estrella;  
á tal mujer la asfixiaba  
la virtud que respiraba  
en un centro indigno de ella.

Instintos justificados  
en la que indudablemente  
carece completamente  
de sentimientos honrados.

Lógica es la circunstancia:  
pues quien, falta de nobleza,  
se amamantó en la impureza,  
es hija de su lactancia.

¿Qué encantos tiene la vida  
para aquella desgraciada  
que por el vicio impulsada  
llega á ser fruta podrida?

Aunque ha llenado de hiel  
el cáliz de su existencia,  
el desprecio es la clemencia  
que se merece una infiel.

El hombre que no repara  
el agravio hecho á su nombre,  
merece, en mi juicio, ese hombre,  
que le escupan á la cara.

EUSTAQUIO CABEZÓN.



—¿Quieren ustedes embarcarse conmigo?



## RÁPIDA

**E**STABA sentada en un confidente, tan hermosa como de constumbre, radiante de entusiasmo y alegría; una elegante bata de seda verde esmeralda, tan suelta y transparente que dejaba adivinar los latidos de su seno, cubría las excitantes curvas de su cuerpo, las redondeces de sus extremidades. Yo permanecía de pie, á su lado, sin atreverme á hablarla, acobardado por el mirar de sus imponentes ojos; pero ella me miraba como incitándome, y decidido, por fin, á todo, me senté á su lado, y cogí entre las mías una de sus diminutas manecitas que ella, esquivándose, quiso rechazar.

—¿Qué te pasa?—le dije yo entonces.—¿Por qué no me miras?... No huyas... acércate... más; que yo me abraze en el fuego de tus ojos, que tu aliento y el mío sean uno solo, que los latidos de tu corazón se confundan con los del mío... ¿No me escuchas? ¿No me atiendes?... ¡Ah! Sí, por fin te acercas; así, á mi lado. Ya siento el lúbrico calor de tu aliento perfumado; tus ojos brillan ardiendo en deseos; yo me estremezco... siento un dulce y suave quebranto... ¡Es el placer que se aproxima!

Y la dije amores, enloquecí sus sensaciones, la apreté contra mi pecho, y luego... luego sellamos aquella pasión grande, intensa, uniendo nuestros labios con un beso largo, voluptuoso, pasional; razón suprema de los enamorados

Y así permanecimos largo rato, hasta que, ¡oh decepción!, me desperté de aquel sueño al ruido que la patrona producía con los nudillos en la puerta de mi cuarto, para decirme simple y prosaicamente: «—Don Enrique, el chocolate.»

LUIS GOVANTES RAMOS.

\*  
\* \*

¡Madre!... ¿ya no me oyes?...  
Dime... ¿y la alegría  
que ayer te embargaba?... ¿y los cantos suaves  
que hacían mi dicha?

¿Por qué no contestas?  
¡Despierta y alivia  
la pena tan honda que seca mis ojos  
en mi alma escondida!

¿Duermes?... ¡y no veo  
la alegre sonrisa  
de tu dulce rostro!... ¿Por qué me abandonas?  
¿Por qué no me miras?

¡A aquel que en ti adora,  
al que en ti confía,  
al que, sin tus besos, sufre sin consuelo  
y por ti delira!

¿No me escuchas?... ¿Huyes?...  
¿Mi voz te lastima?  
¡No me dejes!... ¡Vuelve!... ¡Vuelve, que fallezco!  
¡Mi mente vacila!...

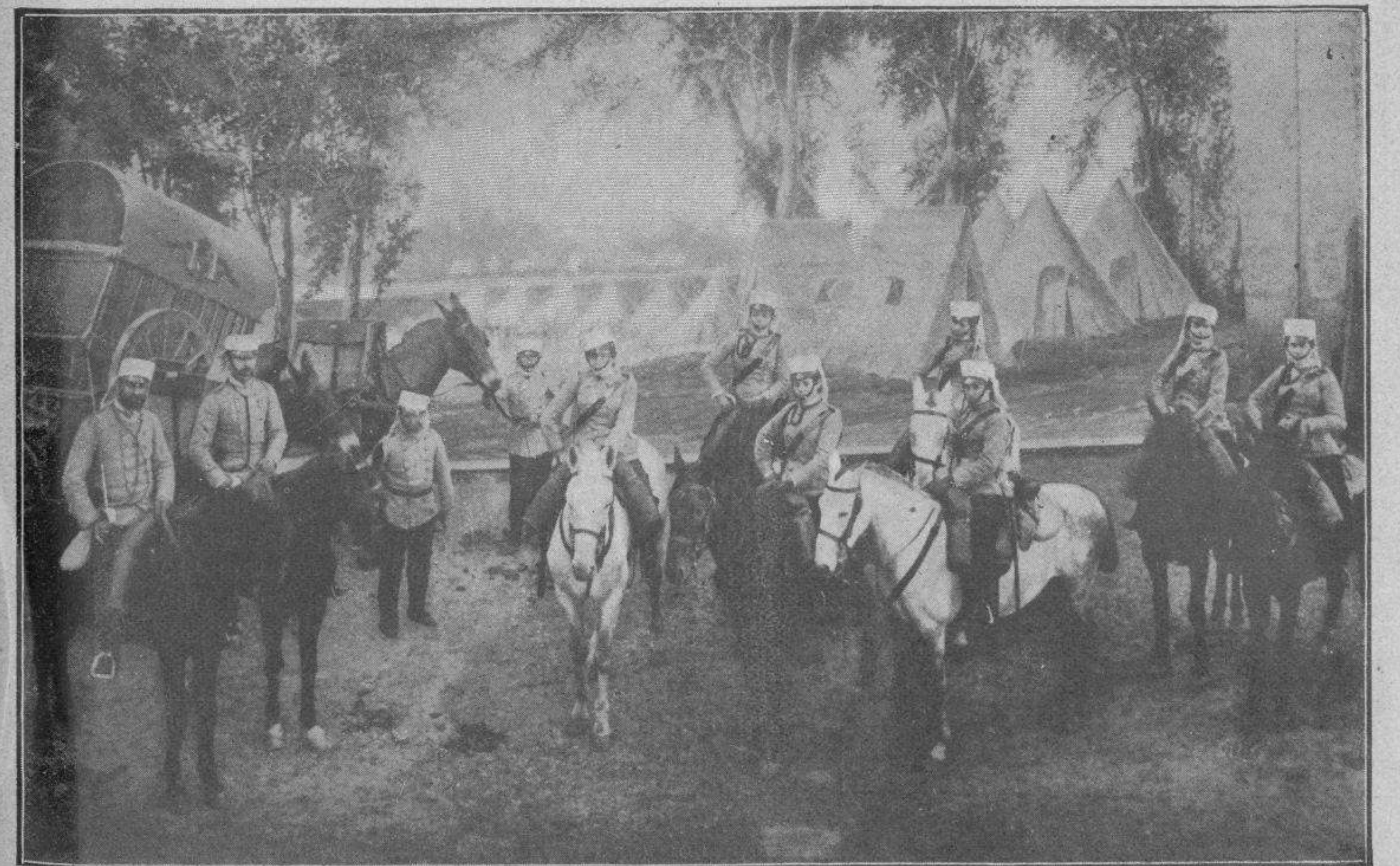
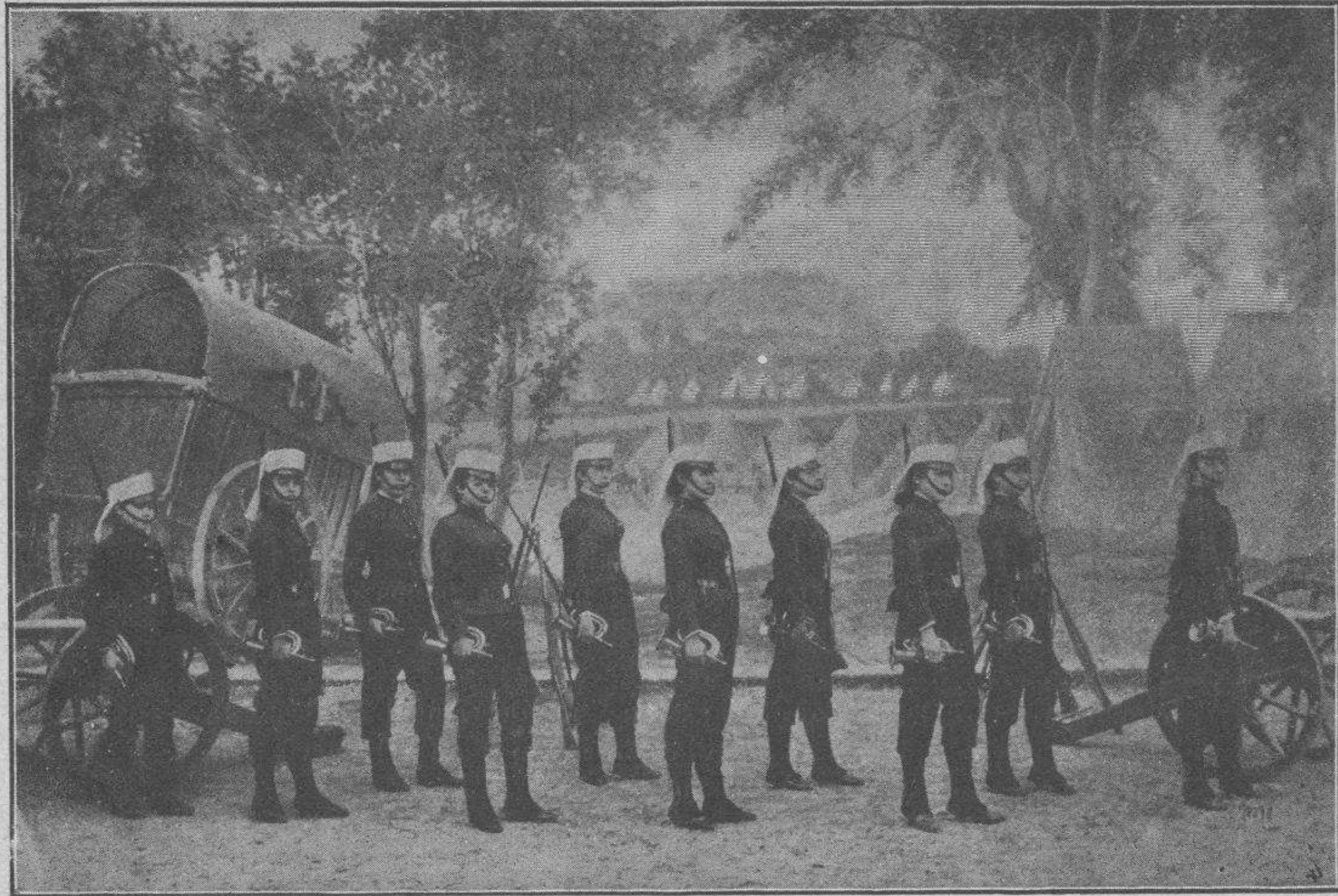
¿No vuelves?... ¿Y tu hijo?...  
¡Madre, madre mía!...  
¡No, no me separo, que dentro de tu alma  
te llevas mi vida!...

J. G. L.



Canta *Rigoletto*, *Norma*,  
*Fausto* y *La Cavalleria*,  
y cantará, si ella quiere,  
en la mano el mejor día,





Tropas... muy regulares



## EL TRAJE AZUL

**Q**UE una mujer sea morena y, además de morena, guapa, es cosa vulgar y corriente en esta bendita tierra de España; pero ya no es tan común el hecho de que, sobre guapa y morena, sea condesa y rica y objeto de la adoración de su marido. Laura reunía todas las antedichas circunstancias y además la de ser algo *fantástica*, y perdóneseme el galicismo, si lo es, en gracia de los muchos que yo he perdonado á otros.

La condesa Laura, á pesar de ser morena, tuvo el capricho de hacerse un traje azul celeste, cual si hubiera sido (ella, no el traje) una rubia hija de la rubia Albión, que Dios confunda, y á la que aun ponen verdinegra los boers, que conserve Dios.

Probóse el vestido, se miró al espejo y se encontró bien, porque en los espejos, historia de las mujeres, como en la Historia, espejo de los pueblos, se ve y se encuentra lo que se quiere, lo que se tiene ya la idea preconcebida de ver y de hallar.

Aquel día ya no se quitó Laura el susodicho traje y con él recibió la visita de Gumersindo Gomez y Gómez, el non plus ultra de los Gómez y de la goma, sin embargo de lo cual era avisado, atrevido y uno de los más asiduos



Yo no sé dónde la vi  
que en mi pecho la grabé,  
y por trasladarla aquí  
de mi pecho la arranqué.

*mariposas* que revoloteaban en torno de la hermosa condesita.

Verla y hacer un gesto que no pasó inadvertido, fué todo una misma cosa. Una morena vestida de azul claro era una aberración, casi una  *cursilería*; así halló modo Gómez de darlo á entender. Laura, convicta y poco menos que confesa de su crimen, se juzgó en el caso de hacérselo perdonar, mostrándose más amable que de costumbre con su galanteador.

Este, animado por la inesperada actitud, pues lo cierto es que la joven siempre le había tenido en respeto, quiso aprovechar la favorable coyuntura y comenzó á espetar una declaración en toda regla, que hubo de suspender repentinamente al oír próxima, y cada vez más inmediata, la voz del conde, que se acercaba tarareando un aria.

Hay maridos que son el colmo de la inoportunidad; pero Gumersindo lo era de la previsión, y, sacando un papel doblado, dijo rápidamente:

—Tome usted: aquí se manifiesta, adorada Laura, cuanto no tengo ya ocasión de decir. Llevo esta carta, escrita hace una porción de días, en espera de oportunidad para entregársela.

Bien hubiera querido la condesa negarse á recibir el billete; pero su esposo estaba á punto de entrar, hubiese podido advertir algo, y no era hombre que admitía bromas en punto al honor. Fué preciso, pues, que Laura cogiese la carta y la ocultara en el bolsillo.

Ya era tiempo. Un instante después presentóse el conde, saludó al gomoso, á quien no fué difícil encontrar un pretexto para justificar su visita, y se entabló una conversación insignificante. Al cabo de algunos minutos, Gumersindo se retiró.

Dos días después debía darse un baile en casa de los condes. Laura, preocupada por los preparativos de la espléndida fiesta, dió al olvido, no sólo al gomoso, sino el incidente de la carta recogida y guardada en el bolsillo del traje azul; en cambio recordó la mala impresión que había producido éste y lo regaló á Elisa, su doncella.

Elisa era también morena y nada tenía de caprichosa, lo cual es raro en las doncellas de labor. Aceptó el regalo; pero inmediatamente pensó en aprovecharlo de la única manera que hubo de parecerla conveniente: entregándolo, mediante una docena de pesos duros, á una revendedora, la cual, á su vez, lo traspasó, por ciento cincuenta pesetas, pagaderas á plazos, á una solterona rubia, casi rayana en los cincuenta, huesuda, nerviosa y con más pretensiones que dinero: una de esas personas que se empeñan en alternar con la aristocracia sin pertenecer á ella y que disimulan su falta de recursos apelando á expedientes como el de que se acaba de hacer mérito.



No mucho después de regalado el traje, acordóse Laura de la malhadada carta; llamó á la doncella y pidióle la momentánea entrega del obsequio; mas ya no se encontraba éste en poder de Elisa, que, por encargo de su ama, buscó á la fiadora, de cuyos labios salió la fatal nueva de la venta del vestido.

Disimuló la condesa, no queriendo revelar á nadie su secreto, aunque desde entonces fué grande su angustia; y ésta llegó al extremo al ver, dos días después, presentarse en el baile á su amiga Eufrasia Castillo Blanco, radiante de fealdad y de pretensiones, y con el flamante vestido azul, cuyo origen desconocía la nueva poseedora.

—¡Eufrasia! — pensó Laura. — ¡La mujer más maldiciente y envidiosa de la creación! ¡Si ha encontrado la carta estoy perdida!

Cuando formulaba esta reflexión, acercósele Gumersindo, ansioso de saber qué respuesta merecía su fulminante declaración.

—¡Buena la ha hecho usted! — le dijo la condesa en tono agrio.

Y, con toda la brevedad posible, le refirió lo que ocurría, dándole á entender, al mismo tiempo, que ella no había pensado jamás en faltar á sus deberes, y que, si él era caballero, estaba obligado á sacarla del compromiso en que la había puesto su atrevimiento.

¡Vaya si era caballero Gumersindo, á pesar de su gomosería!

—Tranquílcese usted, — repuso. — Si la malhadada carta está todavía en el sitio donde la dejó, esta misma noche la tendrá usted en su poder.

—¿Qué piensa usted hacer?

—Yo me entiendo y bailo solo, aunque pronto bailaré acompañado.

—¡Sobre todo, que no haya escándalo!

—Confíe usted en mí.

No tenía otro remedio la condesa.

Gumersindo se dirigió en derechura á donde se hallaba sentada Eufrasia, y la invitó para el próximo vals.

La solterona hacía mucho tiempo que no se había visto objeto de semejante atención; así es que aceptó con la mayor alegría. ¡Ella sacada á bailar por un pollo tan elegante como Gumersindo!

El gomoso no desconocía la aguja de marear... mujeres. Comen-

zó por dirigir á su pareja fulminantes miradas; dió al brazo que ceñía el talle de ésta una presión triple de la normal y lanzó dos ó tres ahogados suspiros, seguidos de estas palabras:

—¡Ay, Eufrasia! ¡Si usted supiera...!

Eufrasia no deseaba más que saber; pero la primera vez que oyó la exclamación, creyó del caso bajar pudibundamente los ojos y perder el compás, dando á Gumersindo un pisotón que le hizo ver las estrellas.



Es la jota aragonesa lo que ella canta mejor...

pero la baila de un modo que es una dislocación.





Muchos, por esta belleza,  
van los pobres de cabeza.

Sólo á la segunda ó tercera acometida del joven atrevióse la solterona á murmurar con voz balbuciente por la emoción:

—¿Qué... qué es ello?... Explíquese usted...

—¡Ah! ¡Es tanto lo que tengo que decir!... ¡Tanto! ¡Tanto! ¡Y luego que el temor... y el amor... y el dolor...!

En lo último no mentía, porque el pisotón recibido le había aplastado un callo; lo cual prueba que se puede ser gomoso y tener excrescencias en los dedos de los pies.

Eufrosia estaba fuera de sí; aquello eran los preliminares de una declaración; no cabía duda... ¡Cuándo se vería en otra!

Haciendo un esfuerzo, pudo mover la lengua, que repentina sequedad había pegado al paladar, y dijo:

—Si es mucho lo que usted ha de decirme, razón de más para empezar pronto...

—¡Aquí!... Acaso nos están observando y temo...

Hubo un momento de silencio.

De pronto, la solterona, echando la capa al toro, dijo:

—¿No le parece á usted que hace un calor insostenible en este salón?

—Insostenible, ésa es la palabra,—repuso Gumersindo, mordiéndose el bigote para no reirse.— ¿Quiere usted que dejemos de bailar y demos una vuelta?

—Como usted guste,—contestó Eufrosia, á quien la emoción puso más fea que de costumbre.

Apoyóse en el brazo de su pareja y abandonaron el salón, recorriendo dos ó tres de las inmediatas habitaciones.

Cuando Gumersindo se creyó ya al abrigo de miradas indiscretas, exclamó con fuego:

—¡No puedo contenerme más!... ¡Eufrosia! ¡Divina Eufrosia! ¡Sepa usted que desde fecha remota... tan remota que se pierde en la noche de los tiempos, amo á usted, la adoro, la idolatro, la... la...

Y se detuvo, no encontrando otro verbo adecuado al caso.

—Pero yo .. no sé... no comprendo... La sorpresa... la emoción... la... la...

—Esta también solfea, —pensó el gomoso.

Y, resuelto á concluir, añadió en voz alta:

—En fin, que cuando un amor está largo tiempo comprimido, es como... como el fuego comprimido, que estalla luego con más violencia, como el talle comprimido que hace estallar el corsé; como las pastillas comprimidas de clorato de potasa... ¡Ah! ¡Eufrosia, Eufrosia mía!...

—¡Caballero!...

—¡Mía, sí! ¡Mía mil veces! ¡Deje usted que desahogue de lava el abrasador volcán de mi pecho!...

Y al mismo tiempo de pronunciar estas palabras, ciñó con una mano la cintura de la solterona y dió á ésta un prolongado ósculo, mientras introducía la mano libre en el bolsillo de la falda azul.

Tropezaron sus dedos con un papel, del que se apoderó con rapidez, y, apenas logrado su



objeto, soltó bruscamente á su pareja y se alejó del gabinete, exclamando:

—¡Ah! ¡Mi pasión me ha cegado! ¡Soy un miserable! ¡Usted no me perdonará nunca!

Eufrosia, que no había advertido la sustracción y que realmente tampoco había descubierto la existencia de la carta, estuvo á punto de llamar al joven y de decirle que le perdonaba; mas no se atrevió y miróle alejarse, murmurando:

—¡Cuánto me ama!... ¡El volverá!

Inútil es decir que Gumersindo, luego de devolver la tranquilidad á Laura, poniendo en sus manos la fatal epístola, volvió... las espaldas. Como sabía lo que son las solteras y

hasta muchas solteras cuando huelen casaca, creyó oportuno poner tierra por medio, y al día siguiente partió al extranjero, regresando dos años después, evitando entonces cuidadosamente tropezar con Eufrosia.

Esta, que ha llegado á la vejez, conserva como oro en paño el traje azul, y siempre que halla ocasión le dirige una melancólica mirada, diciendo á la vez á la persona que conversa con ella:

—Con este vestido hice una conquista que hubiera sido la dicha de dos existencias, de no impedirlo el fatal destino... ¡Verdad es que con ropa azul estaba irresistible!

BLAS QUITO.

## DOS VIOLETAS

### I

Nunca se me olvida.  
¡Feliz tarde aquélla;  
que me diste alegre  
las dos violetas!  
Cuando las cortaste,  
eran las primeras  
que habían ornado  
tu linda maceta.  
Me dijiste: — Toma;  
por Dios, no las pierdas,  
pues de mi cariño  
son el puro emblema.

### II

A los pocos días  
partí hacia la guerra  
y en la despedida  
me dijiste, tierna,  
cubiertas de llanto  
tus pupilas negras:  
—¡Adiós, amor mío!  
La gloria te espera.  
¡No me olvides nunca!  
Piensa en tu morena  
que tanto te quiere,  
que tan triste queda,  
y que por tu vida  
á la Virgen reza.

### III

Pasó mucho tiempo.  
Volví de la guerra,  
y á ver á mi niña  
fui con impaciencia.  
Pero una noticia  
de terror me llena.  
Ingrata, cual todas,  
la hermosa morena  
era de otro hombre  
la fiel compañera.  
La juzgo una infame,  
la juzgo perversa;  
mas ¡ay! que un recuerdo  
á mi mente llega  
Y entonces me digo  
con tristeza inmensa:  
—¡Yo sólo me culpo  
de todas mis penas!

Había perdido  
las dos violetas.

ANTONIO MARTÍN-GAMERO.

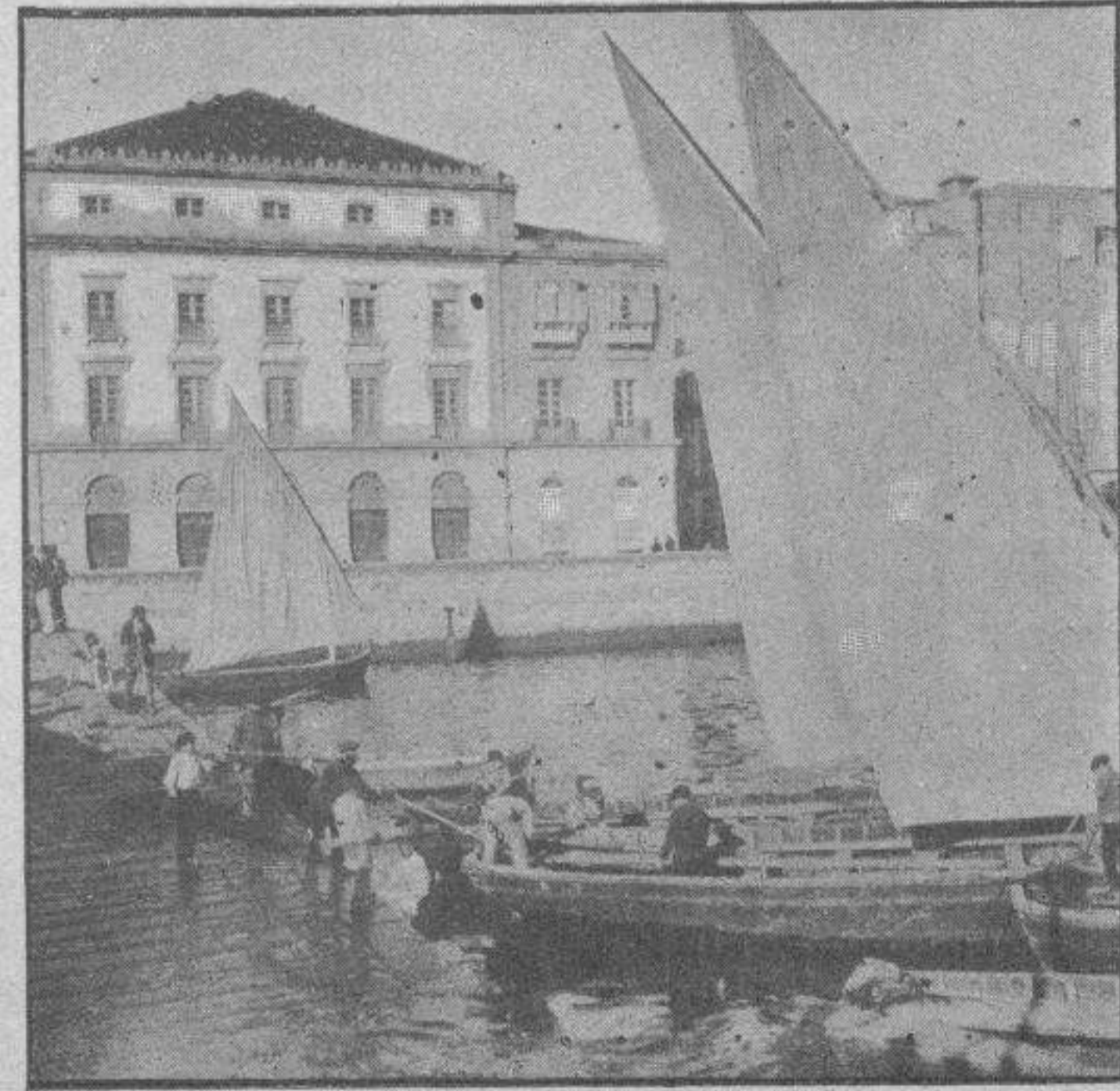
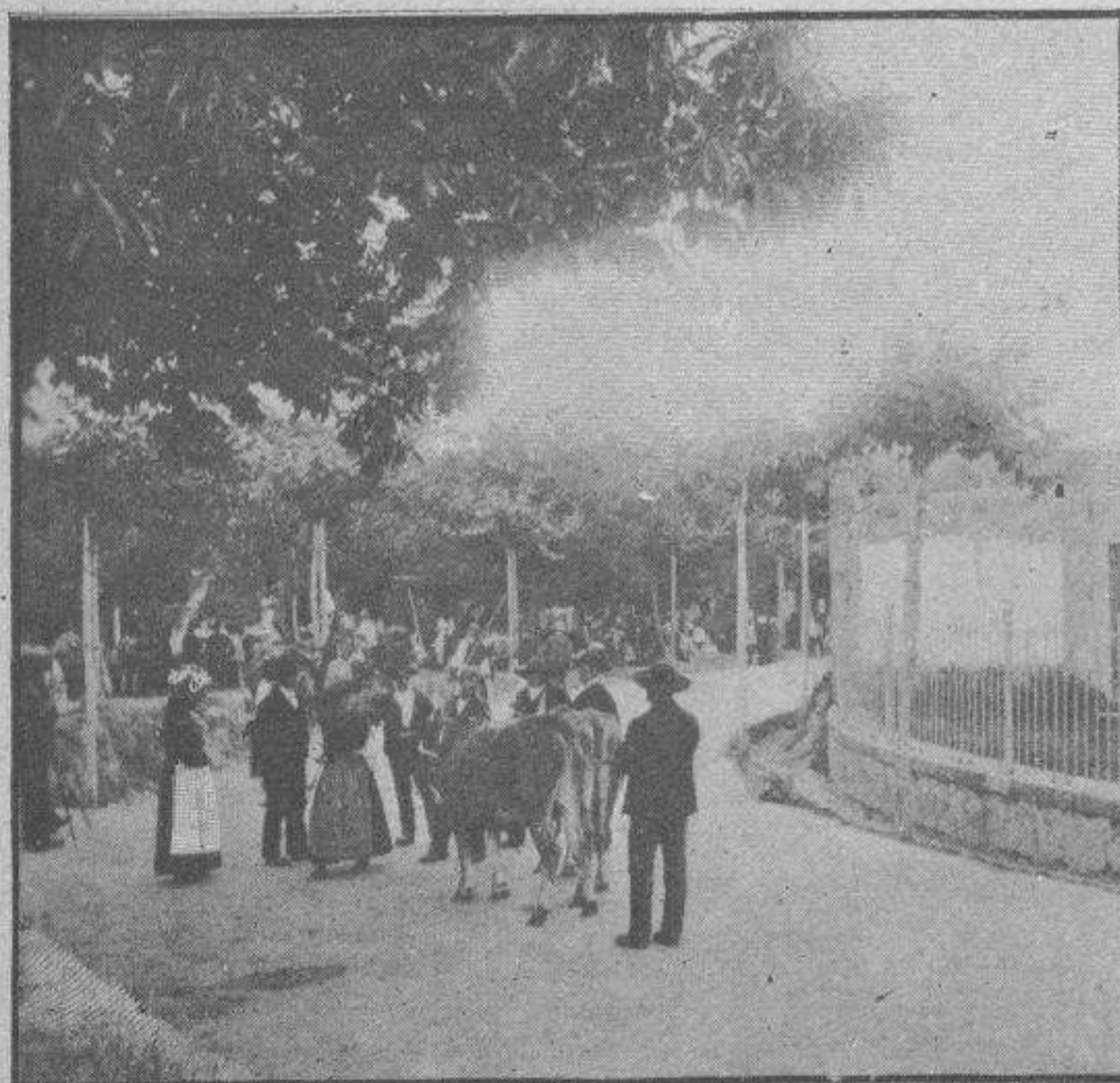


Trabaja en el trapecio  
y en el alambre.

¡Ay, Jesús, qué manera  
de columpiarse!



CORUÑA



Plaza mercado de San Jorge.—Carretera del Pasaje.—Calle de San Andrés —Plaza Santa Catalina.  
Aldea Chambre.—Teatro Principal.







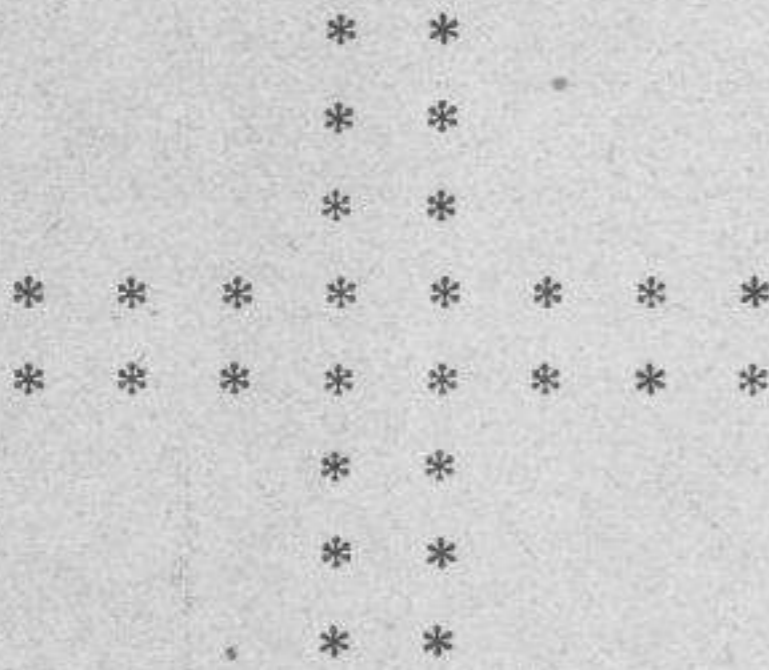
Tarjeta anagráfica



Con las letras que componen esta tarjeta, formar: 1.º, industria; 2.º, nombre y apellido del fabricante; y 3.º, población donde la ejerce.

MANDINGA.

Cruz latina



Substituir las estrellitas por letras, de modo que leídas vertical y horizontalmente, se lea: 1.ª línea, nombre de varón; 2.ª línea, nombre de mujer.

E. BERNABÉU TORREGROSA.

Soluciones á lo insertado en el núm. 542

CHARADA.—Carroza.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO.—Paso doble.

CRUZ LATINA:

R I
A S
R A F A E L
I S A I A S
E A
L S

TARJETA NUMÉRICA.—Marcelino.

Correspondencia

K. D. Tito.—Toledo.—Recibido su trabajo y me complace ver que adelanta. Se publicará.

M. M. y V.—Madrid.—Se insertará su poesía, que me ha gustado mucho.

J. L.—Guadalajara.—No se moleste usted. Sus artículos son tan malos como sus versos. Estudie usted antes de escribir, y de ese modo podrá hacer algo. Escribiendo sin estudiar previamente, es no hacer nada.

Los más exquisitos manjares dejan de saborearse por la blandura de encías. Para evitarlo, el Licor del Polo, el más higiénico, más agradable y más barato dentífrico.

E. M.—Barcelona.—Su artículo resulta bastante inocente. Puede usted hacer algo más que eso, y tendré un verdadero placer en publicarlo.

A. C. D.—Valencia.—Se publicará su artículo, porque lo merece.

Gadiner.—Recibido su original y oportunamente aparecerá en LA SAETA.

S. R. C.—Puerto Real.—Me ha gustado el artículo. Está bien sentido y bien expresado. Se publicará.

D. M. G.—Badajoz.—Demasiado juguetón su artículo, comprenderá usted que ciertos juegos son peligrosos, por cuya razón no puede publicarse.

J. V. Ch.—Recibidos sus pasatiempos y saldrán á luz oportunamente.

P. J. G.—Sueca.—Sirvase enviar la solución. Elena.—Recibida su poesía, que se publicará. Sin duda por equivocación han venido dentro de la carta dos sellos de 0'25 pesetas, que han quedado en la Administración de LA SAETA á su disposición.

Prohibida la reproducción de los originales de este número

LA SAETA

SEMANARIO ILUSTRADO

Toda la correspondencia al Administrador D. ROMÁN GIL

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN, BALMES, 86

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN

España y Portugal, semestre. . . . . 6 pesetas.
Año. . . . . 11
Extranjero y Ultramar, un año. . . . . 17
Número corriente, 20 céntimos.

Número atrasado, 30 céntimos.

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes.—Pago adelantado.

Establecimiento tipográfico de B. Baseda, Villarroel, 17 —Barcelona



Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en

48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga; Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Cápsula lleva el nombre MIDY

PARIS, 8, rue Vivienne, y en las principales Farmacias.



## Avanzadas

Cultivó la amistad del conde para conseguir entrar en la intimidad de la familia.

Y como que estudió perfectamente el carácter, las rarezas ó las genialidades del esposo de Carolina, cuando empezó á indicar á ésta la



CAROLINA

conveniencia de no prodigarse tanto en reuniones y en saraos, fué perfectamente acogido, máxime cuando también podían reunirse algunas personas tan severas, tan rectas y tan morales como él en casa del conde.

Poco á poco fué quedándose Carolina en su casa, lo que no llamó la atención, porque el delicado estado de la condesa lo justificaba plenamente.

El estado interesante en que se encontraba exigía algún reposo, y fué preciso dar tregua á las agitadas diversiones anteriores.

El conde estaba muy satisfecho viendo la escogida reunión que tenía en su casa y oyendo los elogios que se tributaban á su esposa por su filantropía, por su virtud y por la pulcritud y el celo que demostraba en el cumplimiento de las prácticas religiosas.

Luis iba cada día ganando más terreno en aquella casa.

Pero todavía necesitaba algo más.

El período de gestación de la condesa terminó y dió á luz un niño, que llenó de alegría á su padre.

Carolina se repuso en breve, y cual si la aureola de la maternidad acentuase más las tintas de su belleza, más hermosa y más incitante apareció á los sensuales deseos del místico é hipócrita Gosálvez.

Dentro de su gravedad, sabía mostrarse obsequioso y galante para Carolina, que había ido acostumbrándose de tal modo á consultarle y verle, que puede decirse que él más que nadie era su consultor espiritual, siguiendo sus indicaciones con una docilidad extraordinaria.

El lobo con piel de oveja se regocijaba pensando en que dentro de poco podría saciar sus apetitos.

Pero todavía, para poder llegar al logro de sus deseos, le hacía falta algo más.

Era menester que tuviera dentro de aquella casa un auxiliar poderoso.

Ya tenía uno inconsciente, que era el conde; pero le hacía falta otro consciente.

Y á obtener este resultado dirigió sus esfuerzos.

La suerte le protegió.

Por aquellos días la condesa despidió á una de sus camareras porque, según dijo, su conducta era un poco ligera.

—Ha hecho usted perfectamente, condesa,—la dijo Luis.—Con el servicio doméstico es necesario tener un gran cuidado. Por los criados se juzga muchas veces á los señores, y esto exige que se tomen muchos y seguros informes antes de admitir al primero que se presente.

—Yo le prometo, amigo mío,—repuso Carolina,—que si no tengo una gran confianza en la persona que me recomiende la camarera que ha de substituir á la que he despedido, no la tomaré.

—Yo conozco una buena muchacha, perteneciente á una familia muy decente y muy honrada, que me parece habrá de serle muy útil; pero...

—Pues envíemela usted.

—¡Oh! Condesa,—repuso Luis, sonriendo,—no tan de prisa. Es algo delicado responder de una persona.

(Continuará.)

EL DIABLO COJUELO.









20 cénts.

Núm. 544



# UNA PARTIDA DE CAZA

(CONTINUACIÓN)

—Corre como el viento y busca á Paincuit,—le decía,—y, para volver más pronto, toma la jaca del señor Mouflet.

Digamos de paso, que en las expediciones que hacían por las aldeas, los caballos de los alguaciles no entraban nunca ni en las cuadras ni en los establos. Por lo tanto, como de costumbre, la cabalgadura de éste estaba esperando á su amo, mirando filosóficamente la pared.

—Tienes razón, Baby,—repuso gravemente el hombre enharinado.

Colocó lentamente el pie izquierdo en el estribo, y luego se colocó en la silla.

Mientras Belamí ejecutaba concienzudamente aquellos dos tiempos de reglas de equitación, Baby había cogido una estaca, y uno tras otro dióle tan furibundos golpes á la jaca del alguacil, que arrancó lo mismo que una escopeta.

—¡Deteneos!—gritó una voz chillona desde la puerta de la sala.

Era Mouflet que, adivinando el motivo que impulsaba al guarda del molino á apoderarse de su caballo, corrió hasta la puerta principal, gritando sin descanso:

—¡Deteneos! ¡Deteneos!

Belamí se hacía el sordo y subía la cuesta á galope tendido: mil chispas saltaban al choque de las herraduras; á la luz del crepúsculo sólo se distinguían sus encorvadas espaldas y la punta de su gorro de algodón que se meneaba grotescamente, y por último nada. Belamí seguía su carrera.

—¡Qué bien monta el viejo normando!—dijo Gay, que se había colocado detrás de Mouflet.

El alguacil no desplegó sus labios y volvió á dirigirse á su puesto.

—Señor Mouflet,—le dijo Baby al mismo tiempo con voz argentina,—¿por qué no vais á alcanzarlo?

En mala hora se chanceó la niña con el alguacil, porque se volvió hacia ella con una sonrisa socarrona, y le lanzó tan vigoroso puntapié, que la criatura cayó al suelo.

—Debería recibirlo hoy,—dijo Baby riendo, llorando y levantándose al mismo tiempo.

—Si tenéis derecho de escribir procesos, no tenéis el de echar al suelo á nadie,—dijo á su vez Gay á Mouflet, sacudiéndole enérgicamente.

La posición del alguacil era doblemente crítica, porque mientras el guarda le tenía cogido entre sus nervudas manos, *Parpaillot*, colocado á retaguardia, principiaba á despedazarle las calzas.

—¡Ya me las pagarás, Gay!—dijo el alguacil, que temblaba de cólera y miedo.

—¡El mismo miedo te tengo que á *Parpaillot*, sapo de la curia!—le contestó Gay, que entró en la sala del molino, precedido por Mouflet, que apresuraba el paso.

Daniel, más curioso que discreto, los siguió. Mouflet se fué derecho hacia Antonieta, y, pasando una de sus manos velludas y arrugadas por el hermoso cuello de la joven, mientras que con la otra palpaba el saco de los escudos, le dijo con acento meloso:

—Hermosa, sois bonita como un diamante; pero no podemos aceptar vuestros ofrecimientos: éste es nuestro ultimátum.

Antonieta rechazó la mano del alguacil; después consideró con altivez su semblante abyecto, y por toda respuesta cogió bruscamente el saco del dinero, que aquél seguía acariciando, como si hubiera temido que desapareciese al contacto del esbirro.

Mouflet fué, mordiéndose los labios, á tomar el jarro de sidra que estaba sobre la mesa, y bebió un gran trago de aquel aguardiente. Después de haberse refocilado de dicha manera, se sentó en una silla y se puso á dar vueltas, con el pie derecho, á la única espuela que llevaba en el izquierdo.

—¡Lárgate con tu dinero,—dijo la molinera, mirando á la joven fijamente;—puesto que no pagas lo que debes, nada tienes que hacer aquí.

Antonieta se estremeció como la hoja del árbol sacudida por la tempestad, é hizo un esfuerzo